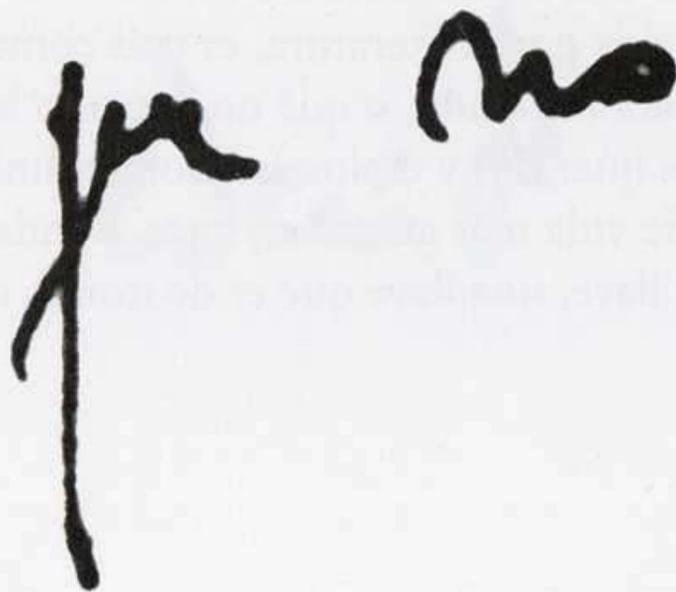


LA LLAVE

Luis Muñoz



No sé por qué, pero si cierro los ojos y pienso en Felipe Benítez Reyes, me lo imagino siempre en situaciones en las que nunca lo he visto. Cierro los ojos y me lo imagino paseando por la playa de Rota en el otoño, con una chaqueta de lino y unos pantalones de algodón, disolviéndose en el paisaje gris metalizado, sintiendo el filo de cuchillo de la raya del mar, deteniéndose para darle la vuelta con el zapato a un caparazón medio oculto en la arena, y descubriendo, en el envés, un cangrejo con las patas encogidas, un puñado de algas peludas, una babosa seca.

Cierro los ojos y me lo imagino en los pasillos de un anticuario grande y un poco etéreo, bajo una luz laqueada, moviéndose despacio, deteniéndose cada vez que algo llama su atención, una cajita de música, una tabla pintada, un diario de a bordo, intentando descifrar un sentido o haciéndose con el funcionamiento de algún engranaje. Con esa familiaridad parsimoniosa de quien sabe que puede dar con la tecla, pero que a la vez debe ocultar el deseo, incluso, a su propia mirada.

Cierro los ojos y me lo imagino sentado en el interior de un viejo café rodeado de un grupo de amigos a los que nunca he visto, un funambulista en traje de faena, una mujer serpiente, de esas que se escondían detrás de un tablón y que llevaban una tira de piel escamada cogida al cuello, un concejal tráfuga, un vendedor de pócimas tonificantes, un poeta tradicional amigo de la flamenquería, un novelista histórico que se resiste a publicar. Y me lo

imagino en medio, como uno más, dejándoles hablar y moverse, interviniendo lo justo para avivar el ritmo de la charla.

¿Qué me pasa? A Felipe Benítez Reyes lo he visto en situaciones muy diferentes, en ciudades distintas, he vivido con él momentos intensos y situaciones vívidas, me he reído con él, he disfrutado innumerables veces de su modo, airoso y musical, de contar historias, he sentido la calidad golosa de su melancolía, y sin embargo, cuando pienso en él, se me deshacen esas imágenes y esas impresiones, como una espuma seca, y cobran vida las de su literatura. Y no es que sustituya la vida por la literatura, es más como si, al imaginármelo, cuando pienso qué estará haciendo, o qué no, cuando lo busco en mi pequeño panel de los amigos queridos y de los escritores admirables, tuviera la certeza de que su forma de vida más genuina y más honda está en ese territorio del que sólo él tiene la llave, una llave que es de ironía, de brillantez y de niebla.

